

EJERCICIO 2: POSADAS EN EL CAMINO

“Camino”, palabra familiar y también humilde que evoca la existencia de un origen y un destino y, entre ambos, de una aventura: la aventura de nuestro caminar, hecha de asaltos y de extravíos, y también de encuentros y de momentos inolvidables que nos confortan a lo largo del recorrido.

Precisando un poco más, podemos distinguir dos orígenes en el camino cristiano: el primero, el más remoto, común a todos los humanos, a la vez que distinto para cada uno, se sitúa en aquel principio de nuestras vidas que ninguno de nosotros ha elegido y en el que se nos dio el ser como don total, único, que nos hace ser a cada uno con su especificidad. Y un segundo origen, cuando se descubre que este don es también tarea: la tarea de convertir ese don recibido en una ofrenda cada vez más total, como total ha sido el don recibido. Este segundo origen de nuestro camino, que es propiamente el origen del caminar cristiano, tiene para algunos en su vida una fecha muy determinada, ligada a una experiencia o a una situación muy concreta, identificable en el tiempo y en el espacio. Le llamamos “conversión”, y es el paso de verterse sobre uno mismo a verterse en Dios. Este descentramiento es capital para empezar a caminar verdaderamente: salir del propio encurvamiento sobre sí para entrar en la apertura de Dios. Nuestra propia especificidad, que recibimos con el don de la vida y que es la que nos da vida propia, sólo la hacemos fecunda cuando la entregamos. Para otros es difícil identificar el momento en que empezó el éxodo de sí mismos hacia Dios. En ellos, la meta del camino, ser hijos en el Hijo, estuvo presente desde el principio, y no sabrían identificar un origen preciso en su decisión de verterse - perdiéndose- en el abismo de Dios.

Los Padres del Desierto fueron hábiles exploradores de esas sendas que parten y se adentran en el corazón. Parten del corazón, porque es allí donde se produce la conversión. Pero se adentran de nuevo en el corazón, porque ese éxodo hacia Dios y hacia los demás se realiza en las propias profundidades, allí donde Dios es más íntimo a nosotros que nosotros mismos: “El Reino de Dios está dentro de vosotros” (Lc 17,21), había dicho ya Jesús antes que san Agustín.

Siglos más tarde, una mujer, Teresa, la de Jesús, mostró que el camino acababa en la séptima estancia, oculta en lo más hondo del alma. Y un hombre, Juan, el de la Cruz, lo haría culminar en la cumbre desnuda del Carmelo. Una forma femenina y otra masculina de referirse a una misma realidad: el itinerario de la fe, que se adentra en la cálida intimidad de la interioridad, pero que al mismo tiempo se expone a la austera intemperie del despojo. Expresadas con sensibilidades diferentes, ambas imágenes coinciden: en la vida del Espíritu, lo más alto se identifica con lo más profundo. Y lo más profundo es lo más humilde, porque está oculto, bajo tierra. Y los humildes, en el Evangelio, son los primeros en entrar en el Reino de los Cielos, ese Reino oculto en el interior del corazón y al que se accede por la puerta de la Cruz y del Sepulcro, es decir, del abajamiento.

1) *La posada del maestro*

No andamos solos. Creerlo sería una pretensión, aunque es cierto que a veces no encontramos a la persona indicada que pueda o sepa acompañarnos. Muchos otros nos han precedido, animados por la misma pasión que nos habita. “Pasión” en su doble sentido: de dolor y de deseo. En efecto, otros nos han precedido en ese deseo y en ese dolor de perderse a sí mismos para ser hallados en Él (Flp 3,9). Encontrarlos en nuestro propio camino es nuestro reposo y nuestro alivio; nuestra reorientación también, si andábamos extraviados. Ellos “conocen”, porque han transitado esas tierras difíciles. Han aprendido a “ver” a fuerza de pruebas y de humildad. Sus palabras de consejo son hondas y vienen de lejos, de muy lejos. A través de ellos adviene “una verdad que no reside en la palabra, sino en el silencio, en la serenidad de un corazón en el que moran después de un largo sufrimiento”. Encontrarse a personas de este tipo en el camino es un don. A falta de ellas, un libro en el tiempo oportuno puede aliviarnos o iluminarnos como si su autor estuviera presente. Efectivamente, ciertas lecturas -el testimonio del ausente- pueden convertirse en preciosas posadas.

2) *La posada de la celebración*

Las posadas no son solitarias ni están vacías, sino habitadas por muchos otros que también están de camino, de viaje. Y juntos celebramos el hecho de encontrarlos y tomamos fuerzas para continuar avanzando. Celebramos el ser acogidos en la posada, imagen ahora de la casa del Padre. Y celebrando, somos curados de las heridas provocadas por los asaltos sufridos. Para entrar en esa posada no hay que pagar nada, ni presentar carnet alguno. Hay comida y cama para todos. Sólo se requiere una cosa: tener el deseo de entrar y de compartir con los demás las alegrías y las penas. En esa Posada, el Pan que se da se confunde con el Hospedero que se ofrece y con la ofrenda de sí que se hacen unos a otros. Y el Vino que se bebe procede de esa alegría y ese dolor de todos, pero se nos ofrece transformado en otra Alegría y otro Dolor: no los que habíamos abocado al entrar -alegrías y dolores solitarios, ensimismados-, sino ahora abiertos, intercambiados, en los que ya no hay un “suyo” ni un “mío”, sino un solo “nuestro”.

3) *La posada del amigo*

Sin embargo, las posadas tampoco son la imagen del colectivismo. La vida en comunidad no se diluye en el anonimato o en la uniformidad. Sigue siendo necesario que exista lo que descansa y consuela a cada uno, porque cada uno es un ser único y un don único en este Cuerpo de todos que es Cristo. De ahí la importancia del amigo, de la esposa o del esposo. Sin perder el sentido del grupo, es necesario que haya pequeñas posadas un poco retiradas del camino, en las que poder abrir la intimidad sin perder el pudor. Es el tiempo de las confidencias junto al crepitar del fuego; la noche cálida hecha de palabras que fluyen porque no encuentran juicio, y de silencios que dejan decir. El camino de cada cual está salpicado de estos encuentros. Momentos que se recuerdan y que se esperan sin querer ni poder poseerlos. La posada del amigo, como la de la esposa o del esposo, está siempre abierta, pero... ¡qué bien se sabe cuándo y cómo se debe entrar, y cuándo es tiempo de retirarse para no apropiarse de lo que sólo permanece si se sabe conservar como don...! La avidez desgarra a la amistad, como desgarra también al amor.

4) *La posada de la humildad*

A medida que avanzamos, el cúmulo de tanteos y experiencias va haciendo más suave y menos pretencioso nuestro caminar. Una dulzura, una ternura por todo y por todos, va como impregnándolo todo. Esa ternura no estaba en el inicio del camino. Andábamos entonces demasiado pendientes de nosotros mismos, de nuestros temores y ambiciones. Los demás sólo servían para confirmarnos en nuestra posición, ya fuera como aliados, ya como opositores. A estas alturas, en cambio, hay como una reconciliación con todo, una extraña familiaridad con el fondo luminoso de las personas y de las cosas.

El corazón humilde ya no busca una posada, sino que él mismo se convierte en posada para otros. Su mirada está recubierto de musgo; su sola presencia pacifica las tensiones y serena las crispaciones. “Encuentra la paz, y miles de hombres se salvarán en torno a ti”, decía san Serafín de Sarov al final de su vida.

El ser humilde, ese ser apaciguado, tiene un secreto: está habitado por una Presencia permanente, Fuente interior de la que lo recibe todo, a la que todo le confía y a la que enteramente se ofrece. Esta Presencia, esta Fuente, brota y fluye de la oración permanente.

Ejercicio: Ponle nombre propio a cada una de estas cuatro experiencias de tu niñez, es decir:

- a. **¿A quién reconoces como “maestro(a)” de tus primeros años (hasta los 8-9 años de vida)? ¿Por qué esa(as) persona(s) se merecen este apelativo?**

- b. **¿Qué recuerdos te vienen a la memoria del modo de celebrar que tenían en tu familia? ¿Qué se celebraba en tu hogar?**
- c. **¿Quién eran tus amigos(as) verdaderos en tu etapa de niñez? ¿Qué lecciones te dejaron esas amistades?**
- d. **¿Qué persona te enseñó lo que significa la genuina humildad? ¿Cómo lo hizo?**

(Adaptado de: BANDIDOS Y POSADAS EN EL CAMINO, Javier Melloni SJ)